

América Latina, el año 500

Presentación

Hay un origen común a los países latinoamericanos que se remonta a cinco siglos: la confrontación en territorio americano de la civilización europea (ibérica) con múltiples, dispersas y heterogéneas civilizaciones autóctonas. De esa confrontación, y de las fusiones étnicas y culturales que desencadenó, incluyendo también ingredientes africanos, surgieron diversas historias cuyos trazos esenciales siguen conformando el mosaico que hoy llamamos América Latina. También, no podríamos olvidarlo, los abismos de diferencia y de difícil convivencia con la "otra" América, la que se ha apropiado hasta del nombre del continente.

A quinientos años de distancia, el afán de encontrar unidad entre los fragmentos del mosaico latinoamericano sigue vigente y 1992 es una ocasión propicia para discutir y rediscutir las infinitas dimensiones de la realidad, la utopía y el porvenir de la región. La conmemoración del Quinto Centenario parece obligar a concentrar la atención en nuestra identidad latinoamericana y poner a circular más y más discursos en el mar de la retórica; pero hay otra circunstancia, que hace poco era inimaginable para la mayoría y hoy es desafío fundamental para todos: la rápida transformación del orden mundial que ha puesto a Norteamérica más que nunca en el centro de la historia y a nosotros, sus vecinos, en una coyuntura todavía difícil de reconocer y de asimilar.

En los tiempos del debate, hasta ahora notoriamente insuficiente, sobre tratados de libre comercio, aperturas de fronteras, bloques económicos, por un lado, y de cumbres iberoamericanas, transiciones a la democracia y resurgimiento de intentos de integración, por otro, hace falta también prestar alguna atención a los comunes denominadores y a las diversidades, a los trayectos convergentes y a las divergencias latinoamericanas en la dimensión cultural, cuya importancia parece estar decreciendo en las reflexiones -y en los movimientos- más recientes.

No podría tratarse ya, por supuesto, de sostener románticamente una idea monolítica, eterna y de valor universal de "la cultura" latinoamericana, ais-

lada del mundo o contrapuesta a otras. De lo que se trata es de formular, desde esa múltiple, contradictoria y compleja dimensión cultural, algunas preguntas que, al cuestionar el *sentido* de las realidades que nos interpelan tanto al transformarse como al no hacerlo, nos enfrenten a nosotros mismos, a nuestra identidad, a nuestro lugar en el mundo, como sujetos tanto individuales como, sobre todo, colectivos.

El ITESO como institución universitaria, es decir, como instancia social productora de cultura, significados y valores comunitariamente significados y socialmente comprometidos y enraizados, no puede dejar de lado el trabajo reflexivo sobre lo que ha ocurrido, está ocurriendo y puede y debe ocurrir en su entorno. Ahora, ese entorno se plantea a escala continental, para intentar abarcar de manera pertinente algunos esbozos iniciales de algunos aspectos del tema central. Obviamente, no se pretende simplemente sumar a *Renglones* a la cobertura obligada por la efemérides para cualquier publicación, ni tampoco agotar el tema. Los artículos que conforman la sección central de este número ofrecen, en conjunto, modestas aunque significativas vías de reflexión y de trabajo a propósito de nuestra identidad cultural y de lo que la cultura puede aportar, en este fin de siglo (¿y de ciclo?) a la política y la economía.

Podemos decir entonces que el artículo de Raúl H. Mora aborda la cultura literaria; el de Rafael Crespo, la cultura económica; el de Luis José Guerrero, la cultura política; el de Carlos Luna, la cultura geo-política internacional; el de Raúl Fuentes, las políticas culturales; el de Rossana Reguillo, la cultura académica, y el de Gerardo Pacheco, un aspecto de la cultura científicosocial. Cada uno recorta el campo a su manera. Todos hacen referencia a América Latina en el año 500, desde el ITESO. Cada uno expresa convicciones y posiciones. Todos invitan a sumar enfoques concretos a la reflexión y al debate sobre el "nuevo mundo" en que vivimos. ■

Raúl Fuentes Navarro

